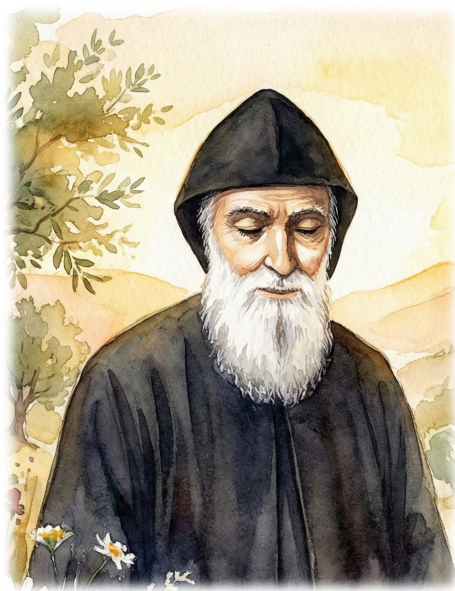


ALVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

VIDA DE SAN CHARBEL



DIOS POR ENCIMA DE TODO

1º.- Nacimiento e infancia

Al norte de Beirut, en el Líbano, se encuentra el pueblo de Bekaa Kafra (o Beqakafra), con una altitud que varía entre los 1500 y 1800 metros sobre el nivel del mar, convirtiéndolo oficialmente en el pueblo más alto del Líbano y uno de los más altos de todo Oriente Medio. Allí nació el santo cuya historia vamos a contar.

Esta zona del Líbano se distingue por la profunda religiosidad de sus habitantes. Se llaman a sí mismos “maronitas”, porque reconocen que la herencia espiritual que les guía se remonta a los ejemplos y la predicación de San Marón (siglo IV-V), ermitaño, que marcó profundamente la zona. Los maronitas son personas valientes, hospitalarias, constantes en el trabajo y muy firmes en la fe cristiana. Muy respetuosos con los sacerdotes (a los que besan la mano cuando se topan con ellos) y tremendamente devotos de la Santísima Virgen María (a la que honran especialmente con el rezo del Santo Rosario, en las casas y en los campos).

El 8 de Mayo de 1828, en una modesta casa, nació Youssef (José), quinto hijo de Antoun Makhlof y Brigitta. Su familia eran personas muy devotas y temerosas de Dios, Especialmente la madre, que dedicaba largos ratos a la oración, ayunaba con frecuencia y acudía asiduamente a la Santa Misa. Educó a sus hijos en los valores de la fe: los reunía cada noche para la oración en familia (el Rosario se rezaba diariamente) y los llevaba a la Eucaristía, incluidos los recién nacidos.

Cuando Youssef tenía tres años la tragedia golpeó a la familia. En aquellos momentos el Líbano estaba bajo ocupación turca. Una escuadra de soldados obligó a su padre, Antoun, a ayudarles a transportar material del ejército. Como consecuencia del esfuerzo enfermó y murió. A pesar de la ayuda del tío materno, Tanios, Brigitta comprendió que todavía era importante una figura paterna en casa y volvió a casarse con un hombre muy devoto y religioso: Lahoud.

Youssef destacó en su niñez por la atracción que sentía hacia la oración y la Santa Misa. Llevaba siempre consigo un librito de oraciones, se confesaba y comulgaba con frecuencia, y mostraba deseos de vivir una vida retirada. Por este motivo sus compañeros, en plan de burla, le pusieron el mote de “santo”.

2º.- Juventud

Youssef tenía cada vez más deseos de las cosas divinas. En plena adolescencia, a pesar de sus estudios y sus trabajos como pastor, aparte de ayudar en el campo, encontraba tiempo para hacer más oración de la que ya por sí hacían en casa. Se acostumbró a retirarse a una pequeña cueva donde dedicaba largos ratos a rezar, especialmente ante una imagen de la Virgen que había colocado en dicha cueva.

Youseff era un chico alto, delgado y guapo. Una chica llamada Mariam se había fijado en él y soñaba con ennoviar y casarse. Pero un día lo siguió a escondidas y al verlo rezar

con tanta devoción en la gruta comprendió que el corazón del muchacho pertenecía por completo a Dios.



Efectivamente: Youssef visitaba con frecuencia a dos tíos suyos que eran religiosos, monjes ermitaños. Sentía una gran llamada hacia aquella vida entregada por entero al Señor. Un día, mientras buscaba en el bosque una cabra del rebaño que se había perdido, sintió que Dios le llamaba con apremio a dejarlo todo y seguirle.

Tenía 23 años cuando Youssef decidió irse a un monasterio para ser monje. En concreto se dirigió al santuario de la Virgen de Mayfouq, donde había decidido pasar su primer año de noviciado. Lo hizo en secreto, sin decirlo a nadie, porque su tío lo necesitaba para el campo y su madre le había dicho que no estaba segura de que tuviera vocación. De hecho, cuando la familia vio que se había ido, fueron a su busca indignados para intentar que volviera a casa. Youssef se mostró tan firme y convencido de la

llamada de Dios que todos entendieron que debían dejarlo seguir ese camino. Su madre, antes de irse, le dijo: “¡Si tienes intención de ser un mal monje, entonces vuelve enseguida a casa; pero si tu vocación viene de Dios, que llegues a Santo!”.

Youseff se vistió el hábito de monje y se cambió el nombre a Charbel (en honor a San Charbel, mártir de la Iglesia de Antioquia en el siglo II).

3º.- Monje y ermitaño

Charbel pasó su primer año de noviciado dedicado a toda suerte de actividades espirituales y manuales: canto del Oficio divino siete veces al día, elaboración de pan, lavado de la ropa, fabricación de tejidos, zapatería, carpintería, arar y abonar los campos, etc... Sobresalió por su silencio, constancia y obediencia en todo lo que se le pedía. Un año después fue llevado para su segundo año de noviciado al monasterio de San Marón de Annaya (mucho más aislado y austero que el anterior). En 1853, el hermano Charbel profesó los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, recibiendo el hábito de monje profeso; tenía veinticinco años.

Monasterio
de San Marón



Unos días más tarde el padre superior le indicó que iba a comenzar sus estudios de teología para poder ser ordenado sacerdote. Para ello fue trasladado al monasterio de San Cipriano de Kfifan, dedicado exclusivamente a la formación de los monjes. Charbel se entregó con ardor al estudio de la teología dogmática y moral, los escritos de los Padres de la Iglesia, las enseñanzas de los antiguos monjes y padres del desierto y sobre todo la Sagrada Escritura. Sus maestros exigían de los estudiantes mucha más vida espiritual que ciencia, ya que para ellos vivir según el Espíritu de Cristo era la auténtica y verdadera sabiduría.

La vida en este monasterio era de estricta clausura. Ni los familiares podían entrar. Un día fue a visitarlo su madre pero no pudo verlo: sólo escuchó su voz detrás de la celosía. “Hijo, ¿qué haces? -preguntó -¿Te escondes de mí?”. “Madre -respondió Charbel- si Dios quiere nos encontraremos en la eternidad y estaremos juntos para siempre”.

Seis años estuvo dedicado intensamente al estudio y a la vida monacal. El 23 de julio de 1859 Charbel fue ordenado sacerdote. Fue enviado al monasterio de San Marón, en la ciudad de Annaya, donde acudieron todos sus parientes y la gente del pueblo para recibir su bendición. Vinieron su tío, la anciana madre, la joven Mariam (ahora casada) y muchos otros que besaron su mano sacerdotal con devoción y le pidieron que fuese al pueblo a celebrar la Santa Misa. Pero Charbel rechazó la invitación: no quería dejar el monasterio. Deseaba centrarse sólo en Dios, sin despistarse con otras

cosas, cumpliendo a la perfección la llamada del Señor: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente* (Mt 22, 37).

Primero pasó 16 años en este monasterio. Después pidió a sus superiores vivir como ermitaño, en una clausura más estricta. Le fue concedido. Así pasó sus últimos 23 años viviendo de ermitaño, luchando para que cada pensamiento y acto de su vida fuera una ofrenda de amor a Dios.

4º.- Vida espiritual

San Charbel llevó en el monasterio una alta vida espiritual. Rezaba muchas horas al día. Por la noche también dedicaba largos ratos a la contemplación: se arrodillaba erguido, inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho, poniendo las rodillas sobre una estera de mimbre que había hecho con sus propias manos, y se mantenía en esa postura todo el tiempo de la oración.



Celebraba la Santa Misa con una piedad extraordinaria, con un recogimiento y un respeto extremo. Su amor y devoción hacia Jesucristo en la Eucaristía era tan grande que lo había convertido en el centro de su vida espiritual. Todo lo hacía para estar más unido a Jesús. Se confesaba una vez a la semana. Practicaba muchas mortificaciones. Llegó un momento en el que, a fuerza de penitencias y vigiliass, su rostro estaba demacrado. No obstante siempre reflejaba alegría y serenidad de corazón.

Era muy humilde: nunca se hacía notar, intentando no existir a los ojos del mundo. A pesar de que era bastante culto e inteligente (conocía el siríaco a la perfección, del que traducía textos al árabe, y tenía una excelente formación en teología) nadie se daba cuenta de ello porque lo ocultaba todo lo que podía, adoptando más bien una apariencia de ingenuo y poco espabilado. Aceptaba con gusto los desprecio y se alegraba cuando le insultaban.

No sólo era extremadamente obediente a sus superiores, sino que obedecía también con gozo y entrega a sus hermanos y a cualquier persona que le pidiera algo en nombre de Jesús.

Su práctica de la pobreza era total en el vestido, la comida, su propia habitación. Nunca usaba un hábito nuevo: siempre vestía los hábitos antiguos, rechazados por otros monjes (eso sí: lo tenía bastante limpio; él mismo lo lavaba y planchaba). Vestía ese pobre hábito en todas las épocas del año: fuese verano o invierno, sin preocuparse por el frío ni por el calor. Elegía para sí mismo la comida más quemada,

la fruta más pequeña. Tomó la determinación de no tomar nunca carne. Jamás tiraba nada de comida, por muy poca que fuese. Si veía un grano de uva en una cepa o restos de pan por el camino, lo recogía y lo llevaba a la cocina. Nunca aceptaba dinero alguno. Si alguien le daba dinero para celebrar la Santa Misa, lo entregaba enseguida a sus superiores sin siquiera saber cuánto era. Su cama estaba rellena de hojas de roble y cortezas de árbol, todo ello envuelto en una tela vieja de fieltro y cubierto por una especie de tapiz de pelo de cabra. Usaba como almohada un tronco de madera enrollado en un trapo negro cortado de un hábito raído. Sobre ese lecho tan áspero dormía, sin colchón ni mantas, tanto en verano como en invierno.

No se quejaba ni del frío ni del calor, practicando la austeridad con gran gozo hasta el último día de su vida.

Trabajaba mucho en el campo y en los viñedos. Se ocupaba en los trabajos más duros del campo, los más necesarios para el sustento del monasterio. Tenía las manos callosas de tanto trabajar y era muy constante. Su actitud general era de recogimiento y silencio. Apenas decía palabras en el trabajo. Si alguno le preguntaba respondía con amabilidad, breve y sosegadamente.

San Charbel, según sus hermanos monjes, nunca mató a ningún animal, ni siquiera aquellos que podían ser peligrosos para los cultivos. Una vez en la viña del convento los monjes trataron en vano de matar una gran serpiente venenosa que se curvaba amenazante hacia ellos. Atemorizados llamaron al santo para que les ayudase. Él llegó, se puso delante de la

serpiente, levantó el índice y ordenó con voz calmada: “Desaparece de aquí”. La serpiente giró sobre sí misma y se arrastró hacia la dirección indicada. “No a mí -decía San Charbel- sino a Dios, el Creador, le corresponde sacar la vida a la serpiente”.



Cuando se trasladó al eremitorio se hizo todavía más intensa su vida espiritual: comía una sola vez al día (normalmente ensalada). No comía ni carne ni fruta. Dormía sólo 3 horas por la noche, en un jergón duro, extendido en el suelo y con un trozo de madera como almohada. Tenía el permiso de tener en la celda (así se llama la habitación del monje) solo una jarra de agua. Empleaba tres horas en la celebración de la Santa Misa (dado su enorme amor a Jesús y su conciencia de la santidad de cada Eucaristía, que es la renovación del santo sacrificio del Señor en la cruz). Continuaba desarrollando los trabajos manuales más duros y

humildes. Cuando tenía que decir algo lo expresaba en voz baja y con pocas palabras. Caminaba silenciosamente, siempre con los ojos hacia abajo, recitando el Rosario u otras oraciones. A los monjes que venían a visitarlo los recibía con una sonrisa de bienvenida y, sin preámbulos, ponía en sus manos la biografía de algún Santo, indicaba el fragmento del texto que había que leer para infundir en el invitado sentimiento de piedad y de virtud, y al final de la lectura los despedía sin añadir mayores consideraciones al texto que acaban de leer.

Siempre, en todos los momentos de su vida, mostró una gran veneración hacia la Santísima Virgen María. Solía decir a la gente: “Si queréis que vuestra alma se salve, rezad a la Virgen para que interceda por vosotros. Ella será la garantía de vuestra salvación”.

5º.- Amar a Dios es amar al prójimo

Quien ama a Dios, ame también a su hermano (1 Jn 4, 21). No se puede vivir entregado al amor a Dios sin que dicha vida lleve también a un amor hacia el prójimo. San Charbel tenía un profundo amor hacia todas las almas. En todo y con todos, siempre mostró un gran amor hacia cada alma, cada persona, cada ser humano que Dios ponía en su camino, fuese quien fuese.

Principalmente rezaba con fervor por el bien del prójimo. Es muy conocido que después de una brutal invasión turca que supuso la muerte de muchas personas, permaneció de

rodillas, inmóvil, delante del sagrario durante horas rezando a Dios para que ayudase a su pueblo, y suplicando a la Santísima Virgen que intercediese ante su Hijo para que el Líbano fuese salvado. Pero no sólo oraba intensamente por el prójimo. Los monjes maronitas, a pesar de residir habitualmente en el monasterio, ejercen apostolado en las parroquias de los pueblos cercanos, atendiendo confesiones y ofreciendo dirección y consejo espiritual.

San Charbel se distinguió en dos facetas: la visita a los enfermos y la confesión. Era conocida la capacidad que Dios le había dado para saber reconfortar a los enfermos moribundos y llenar de esperanza sus corazones, de modo que aceptaran la muerte con la esperanza de la resurrección. Los trataba con cariño y delicadeza, al tiempo que les hablaba con libertad de la necesidad de preparar su alma para el encuentro definitivo con Dios. Por eso continuamente le llamaban para que fuera a visitar a todo tipo de enfermos y rogara por ellos, por su salud y por la salvación de sus almas. Una vez una mujer mayor acudió al santo diciéndole que su hijo estaba muriéndose. San Charbel fue a la casa y se acercó al moribundo, que no quería recibirle. Pero el monje se acercó con dulzura a la cabecera de la cama: “¿Cuál es su dolencia? Si puedo aliviarle, lo haré de buena gana”. “¡Tengo fuego en el pecho! -contestó el enfermo -¡Me muero de sed!”. “Ánimo, hijo mío -le dijo San Charbel -, sus sufrimientos le purifican. Si Dios quiere llamarle a Él, ¿por qué tener miedo? Dios es infinitamente bueno, mejor aún que su buena madre a la que tanto ha hecho sufrir... ¿Cree

que si su madre fuera Dios y se dispusiera a juzgarle estaría muy preocupado? ¿Acaso no es usted el hijo bienamado de la Madre Inmaculada?”. Entonces le dio de beber al enfermo agua que acaba de bendecir; inmediatamente, éste se confesó y recibió con mucha paz la absolución de sus pecados.



Como confesor el padre Charbel era muy apreciado, pues los fieles notaban su celo ardiente para llevarlos por un camino de santidad y profunda unión con Dios. San Charbel actuaba totalmente movido por el amor a Dios y al prójimo, diciendo con sinceridad todo aquello que creía necesario para el bien de la persona que se confesaba, buscando su salvación. Y así, como veían que deseaba sinceramente su

bien espiritual, no les importaba que les hablase con firmeza y les impusiese penitencias severas como reparación por sus pecados. Muchos notaban que los consejos del Padre Charbel, exigentes y consecuentes con una vida cristiana más perfecta, tenía una gran influencia en sus vidas y penetraban con más provecho en sus almas que los de otros confesores.

6º.- El don de hacer milagros

Dios le otorgó a San Charbel el don de hacer milagros. Uno de los más llamativos tuvo que ver con la plaga de las langostas, que solían asolar en alguna ocasión las cosechas. Los libaneses les tenían especial horror pues de pronto, de la noche a la mañana, aparecían millones de estos saltamontes y lo devoraban todo: semillas, hierba, hojas e incluso la corteza de los árboles. «En 1885 –relata un padre–, una nube de langostas que cubría literalmente el cielo se abatió sobre Annaya y los pueblos vecinos. Al ver aquel terrible peligro, el superior ordenó al padre Charbel que bendijera agua y que fuera a rociar los campos. Todos los campos que pudo alcanzar se salvaron. Los habitantes de las cercanías rociaron también los cultivos con su agua bendita, y quedaron a salvo igualmente. Como agradecimiento, un centenar de personas acudieron al monasterio en el momento de la cosecha y segaron gratuitamente los campos de los religiosos». Después se usó el agua bendecida por San Charbel para mantener alejados

de las casas y de los campos a los animales dañinos tales como topos o zorros.



Otro milagro increíble tuvo por testigos solamente a algunos monjes. Se le dio permiso a San Charbel para terminar un trabajo escrito que se le había encomendado aunque esto supusiera acostarse tarde. El santo fue a pedir aceite para que su lámpara pudiera aguantar varias horas. El joven que atendió la petición, en vez de darle aceite, le dio agua. San Charbel, ajeno a la broma, se retiró a su habitación y encendió la lámpara. A pesar de que era agua y no aceite la lámpara se mantuvo encendida todo el rato necesario. Enterado el superior de lo que estaba ocurriendo, fue a la habitación de San Charbel, apagó la lámpara (que se mantenía ardiente) y la vació, comprobando que sólo contenía agua.

Entre los milagros de San Charbel hay que referir las curaciones de personas enfermas. Recién ordenado de sacerdote un joven afectado de tifus que estaba a punto de morir fue curado por el santo. Una vez llevaron un enfermo mental muy peligroso hasta la puerta del monasterio. A pesar de que iba sujeto por muchas personas, cuando llegó allí, empezó a dar patadas, morder, gritar... no quería entrar de ninguna manera. De pronto apareció la alta figura del ermitaño en la puerta. El loco apretó los dientes, resopló, y luego se calmó, dejando que le guiaran hasta la capilla. Allí San Charbel le puso el Evangelio encima de la cabeza y le leyó una página. La persona quedó curada al momento. Esto hizo que muchos cristianos, incluso algunos musulmanes, tuvieran fe y confianza en su poderosa intercesión y acudieran a él con frecuencia.



7º.- Santa muerte

El 16 de diciembre de 1898 a las once de la mañana, revestido con la casulla, aunque entumecido por el frío, San Charbel empezó según su costumbre la celebración de la Santa Misa. En la consagración, cuando tomó la sagrada forma entre sus manos cubiertas de sabañones, se sintió repentinamente indispuesto. Tuvo que descansar un poco. Al cabo de un momento volvió a subir al altar, pero al poco le volvió el malestar y no pudo seguir. La persona que le ayudaba se dio cuenta de la gravedad del asunto y pidió ayuda para trasladar al padre a su celda.

Durante ocho días, el santo permaneció en apacible agonía, a pesar de sus sufrimientos y de estar en el desnudo jergón, en el suelo, con un frío intenso y glacial (la nieve se acumulaba a una altura de más de un metro alrededor del eremitorio). San Charbel no dejaba de rezar, repitiendo continuamente los nombres de Jesús, María y José, así como los de San Pedro y San Pablo, patronos del eremitorio.



El 24 de Diciembre, en la sagrada noche de Navidad, después de recibir el sacramento de la extremaunción, San Charbel abandonó este mundo para ir al encuentro de su amado Señor por quien lo había dejado todo.

Arreglados sus restos mortales, los monjes, con lágrimas, lo levantaron a hombros y lo llevaron a través del jardín, recubierto de nieve alta y blanda, hasta la capilla helada. Temblando por el frío que penetraba hasta los huesos, velaron al difunto toda la noche, preguntándose cómo el padre Charbel había podido permanecer de rodillas durante horas delante del sagrario en aquella misma capilla durante los 23 rígidos inviernos que había vivido como ermitaño.

Al día siguiente envolvieron los restos mortales en una sábana y después de la ceremonia fúnebre los depositaron directamente en un foso excavado en la tierra del cementerio contiguo a la ermita, sin tumba alguna.

Cinco meses más tarde algunas personas declararon que estaban viendo extraños rayos y fulgores de luz que salían de la tumba. Cuando los propios monjes y el superior fueron testigos directos de estos extraños sucesos, decidieron exhumar el cadáver. Ante el asombro de todos el cuerpo del santo se halló intacto, sin ninguna señal de descomposición. No parecía que estuviese muerto, sino dormido. De hecho los monjes pudieron ponerle ropa limpia sin ninguna dificultad, porque el cuerpo permanecía blando, como si se tratara de un cuerpo vivo. Otra circunstancia insólita fue constatada: la sábana con la que fue enterrado estaba impregnada de un líquido rojizo, color sangre (muchos la

describieron como agua sanguinolenta). Dicho líquido emanaba del cuerpo de San Charbel. Y aunque al principio, recién exhumado, el líquido olía intensamente a moho, pronto empezó a despedir un buen olor. El cuerpo del santo exudaba continuamente dicho líquido, hasta el punto de empapar diariamente dos sábanas blancas. Ese líquido empezó a causar muchas curaciones, lo cual atrajo al convento a muchísimos peregrinos que querían venerar los restos mortales de San Charbel. Hubo muchas conversiones a la fe y los milagros se multiplicaron por millares.

En 1927 se volvió a exhumar el cuerpo encontrándolo nuevamente intacto, incorrupto, blando: como si simplemente estuviera dormido (a pesar de los prácticamente 30 años transcurridos desde su muerte). El líquido seguía exudando del cuerpo (se había formado un charco junto al ataúd). Y lo que es todavía más admirable: depositado su cuerpo en una tumba de piedra, también las paredes externas de la tumba comenzaron a exudar ese extraño líquido. Nuevamente hubo numerosas conversiones y milagros, lo que movió a los monjes a pedir la beatificación del padre Charbel.

Fue beatificado el 5 de diciembre de 1965
y canonizado el 9 de octubre de 1977.

Aunque no todo cristiano tiene la vocación de ermitaño (de hecho es una llamada muy particular que Dios hace a pocas personas) aprendemos mucho de su vida y su ejemplo pues

nos enseña como Dios tiene que tener la primacía absoluta en nuestra vida. En un mundo que se ha oscurecido y perdido detrás de los ídolos del dinero, el placer, lo material, el ermitaño nos muestra que Dios es el único fin del hombre, lo único necesario, y nuestra felicidad y esperanza última.

En el año 2025 el Papa León XIV estuvo rezando un largo rato ante los restos mortales de San Charbel. Desde allí dirigió estas palabras a los cristianos del mundo entero:

“Doy gracias a Dios por haberme concedido venir como peregrino a la tumba de San Charbel. Mis predecesores lo habrían deseado mucho. Queridos hermanos, ¿qué nos enseña hoy San Charbel? ¿Cuál es el legado de este hombre que no escribió nada, que vivió oculto y silente, pero cuya fama se extendió por todo el mundo? Me gustaría resumirlo así: el Espíritu Santo lo moldeó para que enseñara la oración a quienes viven sin Dios, el silencio a quienes habitan en medio del bullicio, la modestia a quienes viven para aparentar y la pobreza a quienes buscan las riquezas. Son todos comportamientos a contracorriente, pero precisamente por eso nos atraen, como el agua fresca y pura atrae a quien camina por el desierto. En particular, a nosotros, obispos y ministros ordenados, San Charbel nos recuerda las exigencias evangélicas de nuestra vocación. Sin embargo, su coherencia, tan radical como humilde, es un mensaje para todos los cristianos. Y luego, hay otro aspecto que es decisivo: nunca dejó de interceder por nosotros ante el Padre celestial, fuente de todo bien y de toda gracia. Ya desde su vida terrena, muchos acudían a él para recibir del Señor consuelo, perdón y consejo. Tras su muerte, todo esto se multiplicó y se ha convertido en un río de misericordia”.



León XIV rezando
ante la tumba de
San Charbel

Encuentra más contenidos que pueden ayudarte en:

- * www.consagrationalavirgen.com**
- * Canal de Youtube ADJEMA (*Ad Jesum per Mariam*)**